

## Complémentum (Manifiesto)

### Taller. 1. La noche que empezó viernes y acabó sábado

Sé muy bien que algunos quieren conocer si hubo o no *cunnilingus*, cómo se empinaba y se curvaba hacia arriba mi polla, cuánto de grande se me puso cuando me la chupaba Meme –¡...que buenas mamadas me hiciste!, el robusto remo bien amarrado con tus dos manos que frotan y frotan, suben y bajan rítmicamente por el tallo, bien sujeto el sonrosado tronco, con su enrojecida arborescencia feliz en la boca de ella–, qué tamaño llegó a alcanzar mi sexo cuando te penetraba o cuántas veces logró empalmárseme a lo largo de la sesión, cómo tenía Meme sus pechos o qué apariencia tenía el vello de tu pubis, cómo eran sus caderas o la redondez de tu culo, de qué color era su piel y hasta qué punto se mostraba tersa y sedosa al tacto, si hubo o no penetración anal o cuántas veces, cómo me sentía cuando me la chupabas o cómo y cuánto de bien lo hacías, qué técnicas utilizaba Meme o cuál era tu postura preferida, si la cabalgué bien cabalgada metiéndotela por detrás o si el 69 era algo más que una cifra para nosotros, tu cuerpo serrano pidiendo guerra –¡madera, más madera, que el fuego no se apague!, rosáceo tu clítoris sonrosado, que se va volviendo rojo, enrojeciendo cada vez más, cada vez mas enrojecido, ya finalmente violáceo en su vulva–, cómo movía su lengua que acariciaba, ansiosa, el glande, o qué sonidos o qué jadeos emitías cuando te la clavé una y otra vez hasta los huevos –lo hicimos, vaya si lo hicimos, ¡...que buenas folladas hubo!–, cómo besaba o succionaba con su lengua, si cerrabas los ojos en el momento del orgasmo o gritaba que quería *más, más, más...* –o si es que acaso lo que repetías era *así, así así...*–, cómo eran sus caricias o las mías, qué palabras tiernas o cariñosas salían de nuestras bocas o cómo se esponjaban y se entregaban nuestros cuerpos como dos girasoles al sol de primavera al contacto de los besos y las manos que acarician, amorosas, tiernas, encendidas.

Y, por seguir nuevamente citando al Fénix de los ingenios, reconozco que, encerrados los preceptos con siete llaves, estamos pecando gravemente contra el arte.

Sé también que algunos quieren conocer si todo lo que hicimos fue en la cama –entre las sábanas o después de arrojarlas al suelo–, o también hubo acción y batalla campal en el sofá, en el suelo, contra la pared, en la bañera o si todo empezó encima de la mesa de la cocina, con estruendo de platos y de copas que se caen y se hacen añicos acompañando como un coro a la penetración salvaje y ansiosa, las braguitas de Meme a la altura de tus rodillas, sin llegar a caerse al suelo, la camisa de mi pijama, que Meme se acababa de poner, subida, retorcida, arrebujada –si es que no arrebucida– alrededor de tu cuello, Meme ofreciendo su sexo ansioso, abierto, expectante y apetitoso encima de la mesa,

el sujetador de Meme colgando, desmañado y triste, sobre tu hombro derecho, cimbreándose acompasadamente y aguantando las feroces arremetidas de mi cuerpo todo, medio desnudo, y del pene enhiesto que se clava profundamente, a empellones, una y otra vez en ti, penetrándola ansioso, una y otra vez, rítmica, acompasadamente, con insaciable ansia, una y otra vez, encima de la mesa de la cocina, y, una vez volteada, cabalgarte como a una potrilla salvaje e insaciable, sintiéndote salvajemente poseída a la par que dueña de un placer absoluto, y ahora ya boca arriba, cuerpo contra cuerpo, las bocas que se comen entre sí, que se succionan y se muerden, las lenguas que se entrelazan, los ojos que se entrecierran, la respiración que se entrecorta y se hace fatigosa, las pieles que se entrefunden, sudorosas, encima de la mesa, sintiéndote penetrada cada vez más fuerte, cada vez más rápido, yendo cada vez más lejos, cada vez más alto, como si nunca anteriormente hubiera habido sexo en nuestras vidas o como si no lo fuera a haber nunca más en el futuro, penetración que se hace sumamente dichosa, extraordinariamente feliz, hasta que llega, ahhh, ya llega, ahhhhhhh, ya está aquí, ahhhhhhhhhhhh, el orgasmo final, compartido, ruidoso, extático, y la eyaculación enorme, torrencial, placentera, diluvial, totalmente maravillosa –¡¡¡el mundo está bien hecho!!!–: ¡Ah, pero cuidado con los espaguetis, que se te pegan!

Lo hicimos y lo hicimos, vaya si lo hicimos, si es eso lo que algunos quieren saber; lo hicimos de forma natural, de manera naturalmente animal, animalmente natural.

Aunque no tanto como los leones –¡ya quisiera yo!–, que cuando la hembra está en celo el macho copula con ella tres o cuatro veces cada hora, durante unas dieciséis horas al día, y así a lo largo de seis días, lo que supone unas trescientas copulaciones en cada celo, sin que ni siquiera tanta gozosa actividad garantice que la hembra quede preñada, por lo cual puede que tengan que volver a empezar con el ritual del apareamiento unas semanas después, y así hasta cinco o seis ciclos, para lograr al fin, tras tanto placer y no poco esfuerzo, la deseada descendencia y transmisión de sus genes hacia la posteridad –de modo y manera que el embarazo de la feliz madre leona le cuesta al esforzado padre león unas mil ochocientas copulaciones; o, desde otra perspectiva, que con un harén de seis leonas se garantiza el león una buena jodienda para todo el año a la vez que la transmisión de sus genes a la posteridad; eso sí, si logra que ningún otro macho se acerque ni por un momento a su harén para buscar meter su miembro donde no le llaman ni es querido, aunque bien quisiera el intruso, que en la vida todo es sexo, y ansiada búsqueda de la perpetuación.

Ni tan bien como le sucede al perro, que introduce su sonrosado miembro tras intenso y juguetón forcejeo en la vagina de la ansiosa perra, ya felizmente inmovilizada y placenteramente inmóvil, cabalgándola a empellones por detrás; y en ese momento, cuando ya todo está dentro, bien dentro, el miembro se dilata, se dilata y engorda, de tal manera se dilata que le crecen y se

le desarrollan dos hermosas protuberancias en la base que hacen que quede de este modo trabado en el interior de la vagina; y se propicia así una larguísima y placentera cópula que puede durar más de una hora, hasta el punto de que con el pene todavía dentro y bien trabado, el macho puede bajarse de encima de la perra, darse media vuelta y, enfrentado entonces a la hembra, llevarla a rastras, bien enganchada a su miembro y sin posibilidad alguna de destrabarse; hasta que, finalmente, el pene del perro se relaje, disminuya su tamaño y pueda entonces salir del lugar calentito en el que ha profusa y largamente gozado – placer, puro placer dilatado en el tiempo, que también, pero acaso y sobre todo, ansiada búsqueda de la paternidad, de la procreación, de la transmisión genética: mientras él la tiene dentro, ningún otro perro podrá venir a meterla en el mismo sitio, pretendiendo de esta manera garantizarse para sí la fecundación de la hembra, sin que ningún otro intruso pueda tener opción.

O, para concluir el acto sexual, no estaría mal emular el orgasmo y la eyaculación final de la ballena, que, cuando, ya barriga contra barriga, el macho introduce su miembro en la vagina de la hembra, eyacula y la inunda toda con tal gran cantidad de esperma –para eso está dotado de los mayores testículos del reino animal– que provoca que todo el semen que pudiera retener la hembra procedente de otro macho con el que antes hubiera copulado sea fulminantemente expelido hacia el exterior y quede en el interior de la vagina solo el inmenso torrente que el último macho ha depositado, favoreciendo de este modo que él sea el padre, él el ansioso progenitor que determine los genes del futuro ballenato y no quien anteriormente hubiera copulado con ella –bien es verdad que si otro macho no acude al gozoso reclamo y realiza después la misma operación copulatoria.

Sé que no les basta con ello y algunos quieren saber más –que bien conozco la aplicación de la máxima del *Arte nuevo*: «...engañe siempre... y ...dé muy lejos de aquello que prometen»–, que quieren saber también de olores y de sabores, de sensaciones y hasta de sentimientos, de si se me puso dura como un palo o fue, más bien, como una piedra, y si se mantenía, sin embargo, sensible y sensitiva; saber del gusto y del tacto, de la apariencia de los pezones de los pechos de Meme, y de cómo se enervaban cuando la excitación y el placer se intensificaban y alcanzabas cumbres ignotas, desconocidas y nunca holladas; saber de juegos más bien inocentes o no tanto, de comer la oreja y succionar el cuello hasta dejarte señales indelebles, de una grupa enhiesta, receptiva, a cuatro patas, de toqueteos, carantoñas y arrumacos variados, de dedos que se adentran, profundamente se adentran, en partes pudendas y cavidades *non sanctas* se adentran, de miembros de dos cuerpos –o de dos cuerpos mismos– que se retuercen, entrelazados, y se voltean de mil maneras sin querer separarse, de espasmos, de gritos, de libertad; saber del sexo de Meme que se le abre como una apasionada rosa roja, que se te esponja como un clavel reventón a punto de explotar, inundando toda la cocina de un intensísimo olor agrio-canela-benjuí, de sudores y jugos que se saborean y saben, ¡vaya si saben!, saben a tierra

quemada, a fresas silvestres, al cristalino sonido del arpa al amanecer, a bayas del bosque aún bañadas de rocío, al dulce aliento que exhala el corazón de una niña enamorada, a las diminutas gotitas de agua, fino polvo dorado por el sol, que se desprende de la catarata cuando golpea con estruendo al caer desde la altura, al preciado néctar que las abejas liban para convertirlo en miel, al maná en el desierto cuando el hambre y la sed aprietan, a la ambrosía de los dioses en el Olimpo; saber de dos seres que retozan, felices y ufanos, como potrillos en primavera cuando el sol, todavía tímido, comienza a asomarse por el horizonte, como una pareja de palomas torcaces golosas e insaciables en su lecho de amor; saber de dos cuerpos que se montan y desmontan para volver a montarse, una y otra vez, incansables, de jadeos y eufonías, de gritos de placer en la noche praguense que empezó viernes y acabó sábado, exhaustos los cuerpos y agotada la noche, que, cuando ya no podía más, solicitó el auxilio del sol; saber del ansia por dos seres compartida para que la mañana traiga una nueva noche y así volver a recomenzar en este paraíso cerrado, carmen praguense de jardines abiertos de Na Ořechovce –que no de Granada–, placentero y gozoso, que se renueva para nosotros como cada primavera con el nuevo día.